

INGENIO Y FIGURA DE FLORIDOR PÉREZ: UNA DEFENSA DE LA CULTURA RURAL*

Federico Schopf

Resulta poco convincente —y sobre todo una manipulación de la realidad literaria— reducir el desarrollo de la poesía a la aparición, de tanto en tanto, de una figura egregia que oculta, con sus dimensiones y su sombra, al resto de sus contemporáneos. La crítica literaria no puede ejercerse exclusivamente como un culto a la personalidad de turno. No hay una, sino varias tradiciones. El presente tampoco es unidimensional ni, necesariamente, apunta en una sola dirección.

Uno de los caminos actuales de la poesía chilena —en apariencia el menos orientado al futuro— es el de la poesía lárca. Vinculado fundamentalmente a la obra de Jorge Teillier, se proponía rescatar cierta relación con la tierra, que sobrevivía en las formas de vida —en la cultura— de la zona de La Frontera (la misma que Neruda había visto casi deshabitada). La importancia actual de esta poesía no se agota en su carácter de testimonio (la poesía es un testimonio mediatizado, su contenido no es una prueba histórica directa) que amplifica y rectifica el pasado nacional. Tampoco es sólo —lo que ya sería suficiente— un recuerdo nostálgico de una forma de vida perdida. Su escritura propone más bien una forma alternativa de vida (inscrita en el pasado) que se enfrenta a la alineación moderna y, en este sentido, deja abierta la posibilidad —o urgencia— de restablecer una relación con la tierra, con cierta dimensión natural, material, del hombre, lo cual lo lleva más allá de sí mismo como pseudoindividuo.

Para saber y cantar (1965), el primer libro de Floridor Pérez (1937) se inscribía originalmente en la tendencia lárca. Los pájaros eran, al comienzo, los mejores guías para comprender el mundo a que retornaba el protagonista: ellos eran “los amigos del huerto cuyo lenguaje no estamos seguros de entender”... “pero cuya música fue canción de cuna”. Años más tarde son también los pájaros (probablemente otros) los que, volando de rama en rama, se han introducido en el campo de observación y experimentación del sujeto —ya suficientemente volatilizado— de *La nueva novela* (1977 y 1985) de Juan Luis Martínez, a quien ya no comunican nada, o más, exactamente, “a través de su canto.../ comunican una comunicación/ en la que dicen que no dicen nada”. En una nota, este mismo sujeto agrega que “los pájaros cantan en pajarístico,/ pero los escuchamos en español”. De esta diferencia —con el correr del tiempo, con su aceleración y confusión— ha tomado también conciencia el sujeto de la escritura posterior de Floridor Pérez. Pues, si bien se examina, su relación con el mundo rural no era ingenua ya en sus comienzos. Ya estaba

*A propósito de *Cartas de prisionero*, Concepción, LAR, 1985 y *Chilenas i chilenos*, Santiago, sinfronteras, 1986.

contaminada. Algo se había perdido a su retorno y, progresivamente, algo se seguía perdiendo. No eran, es claro, los pájaros que hablaban, sino los habitantes que escuchaban (cada vez menos). El poeta ya padecía cierta sordera, pero procuraba escribir sobre aquello que escuchaba a medias o necesitaba escuchar.

Floridor Pérez pertenece —quiere pertenecer— a una generación que alcanzó a ver, tal vez a vivir, *el otro pasado*, en que el sujeto era parte de una colectividad y un linaje. Su poesía es “genealógica” en su búsqueda y afirmación de raíces en la tierra y en la patria. Dios, Patria y Familia podría ser —si aplicamos el humor negro— el lema de este poeta desterrado por el paso del tiempo y las deformaciones de la vida moderna. Pero Dios ha dejado de existir —al menos monoteísticamente experimentado— en este espacio rural. Su figura se ha disuelto, desintegrado, mejor dicho, reintegrado a la tierra y a la memoria crítica. En la poesía de Efraín Barquero —autor injustamente olvidado, aunque disparejo—, el *aura* que irradiaba la materia llenaba el hueco espiritual que había dejado la divinidad trascendente. También en la poesía de Floridor Pérez la divinidad parece definitivamente enterrada. Pero el poeta anhela —o necesita— que su lugar, sus funciones las asuman, histórica y naturalmente, los antepasados. De ellos recoge su memoria en la tierra, mediatizada por su trabajo y, desde luego, por el sentido familiar que este trabajo proyectaba hacia el futuro, es decir, por su efecto fundacional. Así, los antepasados median positivamente en relación a la colectividad —pasada y por construirse— a la que el individuo contradictoriamente pertenece. Pero sabemos que entre el sujeto de esta poesía y el mundo rural —recordado o anhelado— se ha interpuesto la modernidad, su pregnancia, dicho desde otro ángulo, el mundo rural ha continuado su (sub)desarrollo histórico y ha admitido nuevos materiales y determinaciones del mundo moderno, en especial, de las relaciones de trabajo y del hedonismo degradado del consumo. La existencia de este mundo se conserva, así, cada vez más en la imaginación y la memoria del poeta lárlico. El yo de este poeta no es el yo personal, egolátrico, privilegiado, elevado, etc., sino el de un retornado que siente pertenecer a un mundo que —en la medida que se va perdiendo y “se desliza como arena entre los dedos” (Rilke)— se hace más inasible y disperso. En este sentido, el sujeto de la escritura de Floridor Pérez es un poeta de *transición*: el mundo rural deviene extraño, irreal, comienza a exigir —para ser conservado *verosímilmente*— una relación crítica y autorreflexiva, no sólo la de un poeta testimonial.

Esta disposición compromete necesariamente el tratamiento y utilización del lenguaje. El poeta no puede seguir siendo ingenuo al respecto. Su estilo —tal como se constata en los poemas de estos dos libros— oscila entre la asunción inmediata de formas del discurso cotidiano y de la poesía llamada popular y la mediación de una conciencia crítica que las somete a nuevas articulaciones y a desplazamientos contextuales. Antecedente decisivo de estas operaciones en nuestro medio es, por cierto, la antipoesía de Nicanor Parra. Pero es la necesidad de representar la situación objetiva —diversa a la deseada— y de expresar su propio estado emocional ante el desbarajuste, la que conduce al poeta a esta violentación de los materiales lingüísticos. Algunos textos obtienen su eficacia por contradicción de los lugares comunes que encubren sentimientos vividos:

*Amor
me vas a perdonar
no haberte contestado antes.
No. No la voy a perdonar.*

*Amor, no te imaginas
cuánto he sufrido
con esta separación.*

Si. Si me imagino.

Otros textos combinan la desarticulación etimológica —que recobra para la actualidad política el sentido de una palabra— con el desplazamiento contextual: uno de los “contra-bandos” (recuérdese los bandos de la dictadura) habla de “La Autoridad”:

*La autoridad
y el orden
establecido.
Y el estable-
cimiento
del desorden.*

El poeta sabe también conmovernos al través de la representación patética de su situación en un poema —el tercero de sus “postales con fondo de mar”— en que oscila entre su entrega a un sentimiento de integración cósmica y la duda que atraviesa esta entrega en que, muy modernamente, renuncia a la animificación de la naturaleza (en la irónica figuración de su imposible respuesta). Formalmente —la forma es parte del contenido— se entretajan en este poema endecasílabos que no mantienen su ritmo y parecen reproducir icónicamente la tensión irresuelta entre la entrega al sentimiento de pertenencia (no explícito) el cosmos y la sensación de ridículo *anacronismo* que, en nuestro mundo, conlleva esta pretensión del poeta.

La dificultad expresiva —el segundo verso no alcanza a ser endecasílabo: tiene una sílaba de más— proviene del choque entre el anhelo del poeta y la credibilidad que él mismo le asigna a este sentimiento y posibilidad de integración. Los tercetos finales amplifican la situación representada y, algo retóricamente, comparan al hombre con el mar en su anhelo —pretensión, voluntad, quizás derecho— de ir más allá de sus propios límites y de su sustento precario en la intersección de dos abismos: el de “la altura y lo más hondo”. Pero esta amplificación o desvío —que sitúa también al fundamento del hombre: la tierra, la patria, el lar, entre dos abismos— no logra apartarnos del contenido latente *expresado* por los signos representativos de su frustración: que, por lo menos, el anhelo de religación con la naturaleza es un derecho de la existencia:

*Cristalerías del mar, ventana pura
artesanías en luz y mármol fino
sederías del aire azulmarino
y quebrazón constante, rasgadura.
El mar reúne toda su hermosura
y la rompe en la playa, me imagino.
“El hombre lo hace así con su destino”
—debe pensar el mar— se me figura.
Pero el mar se nos queda en sus orillas,
no sigue nuestros pasos en la tierra:
no sabe lo que somos en el fondo.*

*Y el hombre como el mar ¡Qué maravilla!
quiere salirse de su propia esfera,
se agita entre la altura y lo más hondo.*

El entrelazamiento —que exhiben algunos poemas de Floridor Pérez, no todos— entre la entrega ingenua del poeta a las imágenes del ensueño, esto es, frases hechas, ritmos, sentimientos, imágenes, etc., y su aplicación mediatizada por una conciencia crítica de formas y contenidos es indicio suficiente, creo, de que este ensueño sólo puede desarrollarse intermitentemente en la actualidad. De hecho, está sometido a las amenazas y obstaculizaciones del mundo moderno, en parte sustantiva ya internalizados por el propio poeta y puede ser, por tanto —desde afuera o *desde adentro*— interrumpido en cualquier momento. La conciencia del poeta ha llegado a ser una conciencia fragmentada, dispersa y, en cierta medida, desorientada. Su relación con la provincia, con el espacio láríco, con la cultura rural y su lenguaje —y otros tipos de discurso, por ejemplo, el discurso burocrático que se cuele de contrabando en su escritura— se ha hecho trágica, más bien, como corresponde a la modernidad de que está traspasada, se ha hecho tragicómica, carnavalesca. La agudeza y arte de ingenio de Floridor Pérez —la escritura hechiza(nte) de sus mejores poemas, que linda en una especie de manierismo criollo— procura retener los jirones del mundo rural y exhibir sus dimensiones alternativas, reales o posibles, como fundamentos para una vida más humana.